

REVISTA GALAICA.

Año III.

Ferrol 15 de febrero de 1876.

Núm. 3.

BRIGO Y LOS BRIGANTINOS.

Pero, antes de pasar adelante, consignando los primeros personajes y sucesos que constituyen nuestra mitología histórica, preciso nos es ocuparnos de la existencia *real* ó *fabulosa* de Brigo.

Para las personas *que pasan* por ilustradas en historia, si les habláis de la existencia de Brigo, acogerán este nombre con una sonrisa de incredulidad, y lo más que os concederán, como el P. Florez, es que la voz celta *Briga* no fué denominación de *persona* sino de *cosa*, denotando pueblo, ciudad, etc.

El Padre Risco al continuar la España Sagrada, y corregir algunos errores del P. Florez, suele siempre lamentarse diciendo que le extraña que un hombre de una inteligencia tan clara, fuera víctima de ellos. Nosotros, por el contrario, no lo extrañamos, puesto que no es posible darse un historiador que no los cometa con más ó ménos profusion. El P. Florez, pues, niega la existencia *real* de Brigo en la época primitiva, diciendo que para averiguar el origen del nombre de Brigancio (Betanzos) no es preciso recurrir al rey Brigo, *inventado* en virtud de los pueblos de España en cuyo nombre entra la voz *Briga* ó *Bria*, etc. Según su autoridad histórica, Brigo es, pues, un personaje *fantástico, fabuloso*.

Y precisamente en lo que funda su apreciación el P. Florez, es un argumento contraproducente; porque como no hay *efecto sin causa*, por lo mismo que hubo un rey, patriarca ó *breen* llamado Brigo, descendiente de Thobel, dado á formar las primeras localidades ó agrupaciones de su raza,—la raza brigantina progenitora de la celta,—por lo mismo esos locales, *abrigos* ó *brigas* tomaban su nombre. Es verdad que Flavio Josefo, despues de nombrar á Thobel y sus thobelios no se ocupa de su descendiente Brigo y sus brigantinos, al ménos que nosotros sepamos;—pero tambien es verdad que el nombre de Brigo es tan antiguo en la historia como el de las *brigas* ó localidades primitivas, pues aso-

ma en Beroso, historiador caldeo, (1) apuntado por Juan de Viterbo en sus crónicas dedicadas á los Reyes Católicos, y en cuyos datos se apoya Florian de Ocampo, primer historiador general de España (2);—y lo que es tanto ó más para nosotros, es que el nombre de Brigo quedó encarnado por la tradición histórica, siempre viva, en nuestras montañas y en nuestras marinas; mandando tanta fuerza *en el tiempo* que es imposible borrarla del espíritu de nuestro pueblo. Y si esto nada significa en historia, y máxime en el período historia antigua que abordamos,—la negativa supone ménos, porque al negar á Brigo como aborigen patriarcal, no se le sustituye con otra personalidad.

Además de todo esto, si nuestros thobelios para llamarse así necesitaron de un Thobel, lo mismo nuestros brigantinos para llamarse así necesitaron de un Brigo. La raza ó decendencia thobelia como la brigantina, tuvieron sus respectivos troncos ó patriarcas. No se llamaron, no, nuestros brigantinos (region hoy de Brigantinos cerca de Brigantia, Betanzos) no se llamaron, no, brigantinos porque tenían *brigas* ó ciudades, *pues en ese caso se llamarían brigantinos todos los pueblos de la Península que las tuvieron*. Tampoco la denominación de nuestros brigantinos viene de *briga*, ciudad, como la denominación de ciudadanos de ciudad: la denominación de Brigantia y brigantinos no puede ser más luminosa para probar la existencia, no fantástica sino real y positiva, de Brigo. Brigantia es apócope de Brigan-

(1) Astrónomo é historiador, contemporáneo de Tolomeo Filadelfio. Su vida es tan poco conocida, que no falta quien hace del historiador y del astrónomo dos personas distintas. Solo se conocen fragmentos de su *Historia de Babilonia ó de la Caldea*, de donde extrajo sus datos históricos Juan de Viterbo con relación á Iberia.

(2) «Hubo un tiempo en que se llamó cándidos á nuestros antiguos autores porque no hacian escarnio de las creencias populares: ellos, los cándidos, creían en todo, ménos en la posibilidad de la superchería; sus detractores, al contrario, en nada creían, escepto en la existencia de la superchería en todo y para todo.»

ORTIZ DE LA VEGA.—Las Glorias nacionales.—Barcelona, 1852.

tania, y Brigantania se compone de dos voces célticas, Brigo y tania, y como *tania* quiere decir region, la deducción es clara, Brigantania viene à ser lo mismo que region de Brigo, region que pobló ó dominó Brigo. Porque si le queremos dar la acepción à Brigantania que quiere el P. Florez, interpretando briga por ciudad y no por Brigo como debe ser al tratarse de Brigantania ó Brigantia, tendremos un pleonasma ó contrasentido al decir region de ciudad, ó ciudad de region, etc. (1)

Para nosotros, pues, Brigo como su padre Thobel no fué un patriarca fabuloso; puesto que Brigantia y los brigantinos lo evidencian realmente, además de la tradicion histórica, oral y escrita (2); pero si nos engañamos, si algun monumento ó texto antiguo llega à descubrirse que patentice que Brigo fué un rey, patriarca ó breen fantástico, siempre quedaria en nuestro apoyo la opinion sensatisima del Sr. Madóz y de la Enciclopedia Moderna (art. Betanzos), al afirmar «*que anduvieron acertados los que atribuyen la fundacion de Betanzos al rey fabuloso Brigo, en el supuesto de que por este se entienda la personificacion céltica en Galicia.*»

Peró el antiquísimo historiador Varron, derime la cuestion satisfactoriamente para Galicia,—pulverizando el cristicismo rotundo de los modernos incrédulos,—diciendo: «*que las ciudades tomaban ordinariamente sus denominaciones ó de los hombres que las fundaron, ó de los montes en que estaban asentadas: aut ab hominibus, aut à montibus, aut à translatione,*—y lo primero puntualmente ha sucedido con Brigantia, ciudad capital de la tierra ó region de los brigantinos, raza de Brigo,—como la Tarteside de Tharsis y los iberos de Ibero.

BENITO VICETTO.

(Hist. de Galicia, T. I; corregida y aumentada para la 2.^a edicion.)

(1) Cantia ó *canta* significa en céltico tambien ciudad, *urbs*, como nos lo enseña San Isidoro en sus Etimologias: de modo que el pleonasma no puede ser más evidente para los que quieran interpretar *briga* por ciudad, pues en ese caso tendremos que Brigantia ó Bricantia diria *ciudad ciudad*.

(2) Porque de Brigo, gran fundador de pueblos, castillos y fortalezas; el patriarca más provechoso para España que cuantos la poblaron ántes que él, tomaron nombre los brigantes ó briganti-

INSOMNIOS DE AMOR.

Corazon infeliz, el pensamiento
te recuerda tenaz un ser querido,
y latiendo al impulso del tormento
vives soñando con el bien perdido.

Horrible vida:—sin igual tortura
llena mis horas con ardiente empeño,
y agotando la hez de la amargura
no hallo el olvido al entregarme al sueño.

Cuando duermo, una imágen adorada
con sus besos de amor cubre mi frente
y sus ojos con lúbrica mirada
turban mi pecho con brillar ardiente.

Tan viva sensacion, desdicha tanta
me despierta... y entónces mi martirio
que siempre crece y al crecer me espanta,
me arrastra con furor hasta el delirio.

Entónces una lágrima tan solo
se arranca con afán de mi pupila,
y el rudo llanto que al dolor inmoló
no es alivio á mi mal, pues me aniquila.

¡Maldicion sobre tí, corazon mio!
tu quisistes gustar dulces amores
y hallaste en ellos un sarcasmo impio,
sierpe escondida entre olorosas flores.

Sueños de mi ilusion, dulce quimera
que al desencanto su lugar dejaron,
y aquella calma de mi edad primera
poco á poco del alma me arrancaron!

Sueños de amor, no volveréis mañana
que seca ya la flor de mi ventura,
me queda solo en una edad temprana
nadando el corazon en la amargura!

ANTONIO DE SAN MARTIN

Coruña—1860.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL SITIO DE LUGO POR MAHAMUH.

III.

El alma de Maladra.

(Continuacion.)

Sin embargo de las preocupaciones estúpidas de aquella época, le fué fácil vencer esta última objeccion, y oculto ya lo bastante debajo del peñasco se propuso fingir la voz cuanto pudiera, sacándola gruesa, lenta y fatídica; y en efecto, parodiando el tradicional quejido de las almas en pena, exclamó:
—¡Ay de mill!...

nos, que todos confiesan son los de tierra de Bergantiños, cuya cabeza era la *antiguísima* ciudad de Betanzos; ciudad que lleva la gloria de que en ella habitaba y dominaba con alguna singularidad aquel gran rey, que floreció cerca de dos mil años ántes de la venida de Cristo.

SEGUN, Hist. de Galicia, Tomo I, pág. 116.

Tanto el moro como la cristiana se asustaron mucho al escuchar este prolongado y plañidero acento... aquel ¡ay de mí tan triste y bronco, que repetido por los antros de las rocas llegó á sus oídos como una verdadera queja de un duende.

—¡Ah!... si será el alma de Maladra! balbuceó la hermosa dama sobrecogiéndome de terror y agarrándose con todas sus fuerzas á los brazos de Mahamud.

—¡Si...! ¡soy el alma de Maladra...! siguió fingiendo con temblona y siniestra voz el pobre conde.

—¿Y qué quieres de nosotros...? gritó el moro conmovido profundamente por el fatídico ¡ay de mí!

—¡Quiero que os apartéis!.. y que no volváis á veros...!

—¿Por qué...? balbuceó el moro quedamente.

—Porque estais ofendiendo al cielo...!!!

—¡Ay! ¡apartémonos...? exclamó ella llorosa, porque aquella verdad así declarada, habia conmovido hasta la última fibra de su alma... es cierto... estoy ofendiendo á Dios!

—¡Bueno! dijo el conde para sí... esto va bien.

—No, cristiana de cabellos de oro, gritó el amoroso musulmán, más que ofendas á tu Dios... has de ser solo mía!

—¡Malol volvió á decir para sí don Ero, este moro es el diablo.

Y aguzando la voz, haciéndola más lastimera y dolorida, volvió á quejarse leatamente.

—¡Ay de mí!

—¡Alma de Maladra! exclamó el moro recobrando su natural aplomo, si no te vés de aquí, te pesará,

—No me iré, contestó el conde con toda la lentitud de su quejumbrosa voz, hasta no hacer una buena obra para que Dios la tome en cuenta de mis pecados.

—¿Qué obra...? preguntó Mahamud con rabia, y deseando ejecutar lo que antes habia dicho por pura baladronada.

—¡La de volver esa oveja á su redil...! contestó el pobre don Ero.

—¡Por Alá!... el poderoso Alá, que la buena obra la voy hacer yo castigando tu insolencia, espíritu ó cuerpo.

Y rápido como el pensamiento, bajó de la roca y se encontró con el infeliz conde que temblaba visiblemente desde los pies á la cabeza, como si nevara á grandes copos. Sin pararse á averiguar quien era, cogiólo el agigantado moro por una pierna y lo subió á la roca donde se hallaba la aterrorizada Geloira, arrastrándolo de peña en peña sin hacer caso de sus ayes.

—¡Ah! exclamó la condesa temerosa del arrojado de su amante.

Pero al oír la voz de su esposo, que en nada se parecía entónces á la de Maladra, el cual pedía piedad y compasion con toda la naturalidad de su alma raquítea como su cuerpo, soltó una carcajada estrepitosa de alegría.

—¡Mi esposo!... ¡Ah!... ¡mi esposo!

—¡Tu esposo! gritó el moro con una sonrisa diabólica.

—¡Piedad! balbuceó él.

Y se arrodilló á sus plantas, y juntó las manos en ademán suplicante.

—Por Alá, dijo el moro; que ahora vas á pa-

garme el mal que me hiciste... Un ultraje pide sangre, ¿no lo sabes, miserable?

—¡Piedad!... ¡piedad!...

Y Geloira se reía de sus súplicas, de su dolor y sus lágrimas. Porque don Ero hasta llegó á llorar como un niño.

Vióse en aquel mismo momento subir un caballero joven, armado hasta los dientes por la sinuosa y difícil senda que serpenteaba hasta la roca.

—Eh! defiéndete, dijo el moro al conde con voz tronante por el encono infernal que lo dominaba al recuerdo del castigo infame que le habia impuesto este: y ¡b'andió en el aire su guma.

El caballero que trepaba por el peñascoso camino, rendido de fatiga, iba aproximándose más y más hácia el lugar de la escena con una ansiedad pasmosa.

—¡Piedad! ¡piedad! suplicaba D. Ero á cada curva que describía en los aires la guma de Mahamud.

—¡Cobardel exclamó el moro rojo de cólera: defiéndete ó te arrojó al río.

—¡Compasion! ¡ahl! ¡compasion!...

—¡No! ¡defiéndete ó mueres!

Y le dió una terrible bofetada.

—¡Ay! gritó el caballero que subía como si se la hubieran dado á él.

El conde redobló su lloro y soportó aquella terrible injuria sin dejar de pedir piedad.

—¿Dónde está tu valor? preguntaba el moro con reconcentrada rabia: ¿dónde va aquel valor que mostrabas cuando aplaudías el mal que me hacian de orden tuyo!...

—¡Piedad! ¡piedad!...

—Yo lo despertaré, gritó el moro desoyendo sus clamores.

Y volvió á darle otra bofetada más fuerte que le hizo besar el suelo, y que fué á resonar en el corazón del caballero que subía, traspasándosele de dolor.

Creyó Mahamud que esta vez ya no podría negarse D. Ero al combate, pues todas las crónicas del país hacen justicia á la caballerosidad del resentido árabe; pero en vano era cuanto hacia para hacer vibrar una cuerda de hidalguía en el corazón de aquel infeliz esposo. Así que, convencido de esto en medio de la exaltación vivísima de su espíritu, lo asió con sus robustos brazos y lo agitó en el aire para dar con él en el precipicio.

Tal fué el afán del caballero que se acercaba hácia el moro con ánimo de evitar aquella desgracia que parecía preveer, al ver el cuerpo de don Ero en disposición de rodar al abismo de Rendar, que precipitó más su ascension por un terreno tan inaccesible, y esto le hizo rodar gran trecho, quedando inmóvil y tendido sobre unas rocas.

Al mismo tiempo, y á la pálida luz de la luna, el cuerpo del conde se esculpió en el aire del abismo lanzado por unos brazos hercúleos; y botando de peñasco en peñasco fué á sepultarse en el foso del río, murmurando aun con voz agonizante:

—¡Piedad! ¡piedad!...

Después, todo quedó en silencio.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

SOMBRA.

I.

Fué muy hermosa, cuando tenía la desgraciada diez y ocho abriles, dorada turba siempre venía de adoradores mozos gentiles.

Empero ella de varios modos fué despidiéndolos uno por uno, y sus desdenes lloraron todos, y su cariño no dió á ninguno.

Tal vez creía la desdichada que de su fresca faz hechicera nunca del tiempo la mano airada los atractivos robar pudiera,

Y en su delirio con loco empeño maltrató impía cien corazones... ¡Nécial ignoraba que eran un sueño, sombra tan solo sus ilusiones!

II.

Huyó por siempre la primavera, nevó el otoño sus blondos rizos y de su fresca faz hechicera desaparecieron galas y hechizos.

Nadie pretende ya sus miradas, que en vano buscan amantes ojos, y todos rien á carcajadas de sus tardíos, torpes antojos.

Y ella recuerda sus bellos años; y como nadie ya la enamora, viendo que todos le son extraños, se desespera, suspira y llora.

Y en su delirio con loco empeño prender aun quiere los corazones... ¡Nécial no sabe que son un sueño, sombra tan solo, sus ilusiones.

III.

Ay! del otoño tambien pasaron los breves dias, vino el invierno, y sus demencias la condenaron á imponderable martirio eterno.

Arbol estéril no ha dado fruto que ahora defienda su vejez fría, y á su locura paga tributo en negra y honda melancolía.

Su alma de roca se hizo pedazos é infeliz! sufre males prolijos... si algunas veces tiende los brazos estrecha sombra... no tiene hijos!

Ahora desea con loco empeño de la familia las emociones... Nécial no sabe que son un sueño, sombra tan solo sus ilusiones!

NICANOR REY.

Pontevedra—1876.

GALICIA PINTORESCA.

CALDAS DE REYES.—CALDAS DE CUNTIS.

III.

El Sr. D. Víctor Gonzalez, actual director de estos baños, ha publicado en 1851 un interesante «Paralelo entre los baños minerales sulfurosos de Cuntis y Caldas de Reyes, y los más afamados de Francia de la misma clase,» en cuyo opúsculo se reconoce la superioridad de las propiedades físicas y químicas de los baños de ámbas localidades, sobre los de Baresges, Bagneres de Luchon, San Salvador (en los altos Pirineos) y Cauterets. El señor Fernandez Mariño, catedrático de medicina en la universidad de Santiago, en su extenso y razonado «Anuncio sobre las investigaciones físico-químico-médicas de las aguas minerales de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis en la provincia de Santiago de Galicia (1)», amplía este paralelo á los principales establecimientos de la misma clase en España, Francia, Alemania, Italia y Suiza, asegurando «que las aguas minerales de ambas localidades son comparables en España con las de Ledesma en Castilla la Vieja, junto á Salamanca, las de Arhena en el reino de Murcia, las de Caldetas en Cataluña y las de Albama en Granada: en Francia con las de Baresges en el departamento de los altos Pirineos, Bagneres de Luchon en el departamento de Arriège, Grevuls en el departamento de los bajos Alpes, Aix ó Monte-Blanco en el departamento de Mont-Blanc, Enghien á cuatro leguas de Paris, departamento del Sena; en Alemania con las de Aix la Chapelle ó Aquisgran, establecimiento de baños minerales fundado por Carlo-Magno; con las de Baden en Suavia, cerca del Rhin, y las de Wisbaden junto á Francfort; en Italia con las de Acqui en el ducado de Monferato; en Suiza con las de Bade en la ciudad y condado de este nombre; las de Leur ó Loeche á las orillas del Rhona, cerca de Valais, distrito de Sion, con la diferencia de que en todas estas y otras más de Europa no se presenta la grande cantidad de sustancia vegeto-animal que nada en la superficie de agua de Caldas de Reyes que surte los baños de la casa de Davila».

Véamos ahora la composicion química de las aguas minerales de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, segun el análisis del señor Casares, catedrático de química en la universidad de Santiago:

Diez libras de agua de la arqueta de Acuña (Caldas de Reyes), contienen 55 granos de cloruro de

(1) Impreso en Santiago en 1828.

sodio, 4 de sulfato de cal, y una escasa cantidad de sustancia orgánica.

Ochenta onzas del agua mineral del baño de la *Era vieja* (Caldas de Cuntis) contienen:

	Granos.	Pulgadas cúbicas.
Acido sulfúrico.....	0,276	ó 762
Hidrógeno sulfurado...		
Sulfuro de sodio.....	5,99	ó hidro sulfato de sosa, 7,55
Cloruro de sodio.....	37,604	
Sulfato de sosa.....	4,87	
Silice.....	7,50	

con una gran cantidad de glerina arrastrada en los caños y derrames de los baños espuestos á la intemperie, y una sustancia animalizada que se asemeja á la gelatina. La temperatura de las aguas de Caldas de Cuntis varia de 14 grados de Reaumur á 49 del mismo termómetro.

En los baños de Caldas de Reyes predomina el carácter salino, así como en los de Caldas de Cuntis prepondera el carácter sulfuroso. Sus propiedades medicinales, favorecidas por un clima tan benigno que en los días de verano no sube el termómetro á 24 grados de Reaumur, están justamente apreciadas en las siguientes palabras del señor Gonzalez (1):

«Las aguas minerales de Caldas de Reyes y Cuntis, son eficaces para la curacion de las enfermedades reumáticas y en la multitud de males que son su consecuencia, como son la contraccion y rigidez de tendones, las anquiloses, hidrartosis ó didropesía de las articulaciones, hinchazones de las piernas, úlceras antiguas, con caries y sin ella, torceduras de miembros, parálisis parciales, mielitis crónica, heridas por armas de fuego, y en las llagas antiguas que son su consecuencia. Lo son igualmente en las neuralgias y neuroses, en las flecmasías crónicas de las membranas mucosas, en las gastritis y enteritis crónicas, en las gestralgias, hipocondria, diarreras antiguas, hepatitis, crónica sin fiebre, y en las concreciones biliares. Son muy provechosas en las afrecciones escrofulosas, ingurgitacion de los ganglios y de otros orgánicos y tejidos, en los turbéculos de diferentes órgano, hinchazon de los huesos, oftalmias escrofulosas y tumores blancos. Son eficaces en los catarros pulmonares crónicos, cuando no hay fiebre, en el asma húmedo, en la pleurodinia, en la tisis laringea incipiente, y en los turbéculos pulmonares ó tisis tuberculosa en primer grado: estos enfermos y los que padecen enfermedades nerviosas, toman los baños de Acuña en Caldas

y los de la Era vieja y nueva en Cuntis. Son muy enconvenientes en las clorosis, lencorreas antiguas ó flores blancas, en las amenorreas, dismenorreas, así como tambien en la astenia ó debilidad general usando en estos casos los baños frescos de Acuña y de Cuntis. Son de una virtud especial en las enfermedades crónicas de la piel, especialmente en las herpes de todas las clases, tiñas, sarnas inventeradas manchas del hígado ó hepáticas; curan las sífilis consecutiva, fortalecen las fracturas, dislocaciones y partes contundidas, y por último son muy útiles para otra porcion de enfermedades, ya simples ya complicadas.»

Las villas de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, favorecidas por un clima saludable y una naturaleza pródiga son el centro de la buena y acomodada sociedad de Galicia durante la estacion del verano, lo que equivale á decir, durante la estacion de los baños para los enfermos y los ociosos. En cambio de la escasa comodidad que ofrece el hospedaje de sus casas reducidas, los alrededores brindan al ánimo abatido y á la imaginacion rigorosa, los pintorescos cambiantes que presentan las floridas márgenes de un rio, y los templados horizontes de un valle. Se improvisan viajes de un día, montadas las señoras en las proverbiales burras del pais, y los pueblos de Pontevedra, Villagarcia, Cambades y Carriñon son visitados en medio de la simpática jovialidad que inspira la confianza de los paseos campestres.

El viajero no encuentra en Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis los paisajes sorprendentes de los baños de San Salvador en los Pirineos altos y las casas de mármol de los baños de Cauterets: en cambio el enfermo vuelve á su hogar doméstico aliviado de sus males, despues de usar las aguas minerales que pueden sostener una comparacion facultativa con las más celebradas de Francia y Alemania.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago, 20 de marzo de 1852.

EXPLICACIONES.

¡Ay! sin llegarlo á prever,
nos volvimos á encontrar:
tú me viste sin pesar,
y yo te vi sin placer.

En otro tiempo ¡oh dolor!
otro fué nuestro sentir:
tú viste en mi el porvenir,
cuando yo vi en ti el amor.

Nos supimos engañar,
sin sabernos comprender:
yo no he sabido creer,
y tú no has sabido amar.

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

Vigo, 1875.

(1) En su mencionado *Paralelo* (Santiago, 1851), páginas 18 y 19.

LITERATURA GALAICA.

LOS HIDALGOS DE MONFORTE.

IV.

Mientras que la literatura francesa, personificada en la novela, es la expresión de la Europa entera, la literatura española, virgen en esta senda, se refugiaba en el teatro, donde los triunfos son tan momentáneos.

Tal cual escritor nacional, aparece de cuando en cuando con una novela y no consigue distraer la atención de público ni consigue ser leído, porque el público devora con avidez las obras francesas, y sólo apela á nuestra literatura, cuando entra en los coliseos dramáticos.

En esa existencia triste y desconsoladora que arrastraba la novela nacional sin poder ponerse nunca al nivel de la novela extranjera, era preciso un esfuerzo para elevarla á esa altura y poder conseguir igual apreciación del público, á los lauros de la popularidad. Era preciso, sino un esfuerzo poderoso del genio, al ménos un estudio detenido de la novela extranjera para igualarla y sobrepujarla, pero sin copiarla, apelando á la novedad de la forma, á la novedad de los episodios y á la novedad de los caracteres.

El señor Vicetto, pareció comprender esta necesidad literaria, *novedad igualando*; y registrando las crónicas de su país, las originales costumbres de la hidalguía galaica, y la revolución popular del siglo XV, apareció en la literatura nacional con *Los Hidalgos de Monforte*.

—*Toma, lee y juzga*; le dijo al público; y este leyó y aplaudió, felicitándole espontáneamente, pueblos y personas de esta provincia donde dió á luz su primera edición.

Esta fué la expresión de las masas; ahora al crítico toca su vez ocupándose de la causa y el efecto, consignando su juicio filosófico sobre uno y otro objeto, la obra y la ovación.

V.

El plan dramático de *Los Hidalgos de Monforte* está lleno de interés y novedad. Como dice el autor en el prólogo, es un diorama de cuadros ó capítulos todos distintos y todos animados, guardando tanta afinidad entre sí los episodios amorosos y revolucionarios que la constituyen, que la acción marcha natural y con un interés creciente al desenlace de ellos, que viene á ser el desenlace del drama.

En los caracteres hay también mucha novedad y están perfectamente delineados y sostenidos, pues

no se sostienen por la filantropía del autor, sino por los hechos: ellos forman el personaje. No hay más que tres mujeres, pero las tres son más bien que tres tipos, tres individualidades.

La condesa Ildara es una creación exquisita, y su espiritualismo parece divinizarla, sin perder por eso su condición de ser humano. La lucha que sostiene entre su amor y sus deberes, sus principios religiosos y su naturaleza, es su más bello apoteosis.

¿Quién recorre las páginas de esos cuatro volúmenes sin conmoverse con esta concepción que deja atrás las más delicadas de Shakespeare? Quién no vé con sus ojos, quien no *siente* con su corazón, quién ha comprendido la sublimidad espiritual de esta belleza feudal de las montañas, que no se haya identificado con la ternura que constituye su condición de ser?—Sobre esta creación no *hay más allá*: y sin embargo, esta creación no toca en nada en la inverosimilitud, que es el escollo de todos los talentos.—La Condesa Ildara es la esencia espiritual de la mujer vaciada en la turquesa mejor preparada de la filosofía social: así que la condesa Ildara es típica y sobrehumana á la vez: estrella del cielo espiritual, que tiene por rayos de luz las fruiciones más exquisitas del alma.

Esta es la más hermosa concepción del poeta encerrada en el círculo de la verosimilitud á fuerza de genio La condesa Maret, es el reverso, así como la condesa Ildara es la pureza y la virtud en su más lata expresión y magnitud de carácter, la Condesa Maret, es el vicio hermoso y seductor, sin ser vulgar por eso. Su volubilidad intelectual está en armonía con la pintoresca vivacidad de sus movimientos: es la coqueta del siglo XV, grave y risueña y siempre balagada por su aureola feudal.—Isabel de Vilamelle, es el término medio de estos dos extremos, la piedra de toque de estos dos caracteres.

En cuanto al carácter del conde de Lemos, es el del noble de talento de aquellos tiempos feudales ó más bien de cálculo y sangre fría, así en los sucesos borrascosos de su vida conyugal, como en medio de la efervescencia de los republicanos. Este carácter en sus cambios, en sus inflexiones, por decirlo así, está revestido de inspiraciones sorprendentes, y revela sobremanera la capacidad literaria de su autor.—El del conde de Monterey, austero y cabalístico, es elevado y conmueve profundamente en su lucha, entre el amor que profesa á su esposa y su honor ultrajado.—Los doce hidalgos apenas se parecen unos á otros psicológicamente considerados. Entre ellos sobresale Amaro de Vilamelle, con su amor espiritual; Mauro de Lecin con sus abnegaciones caballerescas y piadosas, hijas de aquella época; Pedro de Tor con sus insulas de buen mozo; Sancho

de Remesar con sus instintos depravados; Rodrigo de Canabal por sus ideas revolucionarias, y Alfonso de Doade por la simplicidad de su carácter que nos recuerda el pagano de todas las reuniones ó sociedades—El page Tristan, ó más bien el sacrificio de su vida por salvar el honor de Sancho de Ulloa, nada tiene de exagerado—Meditad sobre la organizacion social de la edad media y vereis la humildad de la servidumbre, encontrando la naturalidad del hecho que singulariza al page, sin hacer de él por eso un carácter escepcional.—El del doctor Vilela está muy bien presentado: asi como el del Mariscal y los de los demás revolucionarios cuyos caracteres históricos ilustran las páginas como otros tantos luminosos destellos del pasado, brillando distintamente en el caos de las incidencias caballerescas de aquellos tiempos.

El estilo de la obra, elegante y bien cortado, jamás descae: por el contrario se eleva sin hinchazon ni hojarasca, y con toda la precision del más purista.

Los cuadros todos son de efecto y de colorido: asi los de la sesion de los republicanos como los del misticismo singular de Ildara, asi el de la batalla como los de las bacanales; asi el de la caceria, como el del combate; asi el de la cámara roja, como el del picadero; asi el de la mamoa, como el de la tumba de Amaro.

VI.

La obra del Sr. Vicetto es de las que nacen para popularizarse: no es de esas obras destinadas á satisfacer la curiosidad del momento; lo es de recuerdos, de porvenir. Ella sola basta para formar una reputacion literaria, porque siempre será leida con gusto y sin fastidio como otras muchas. Su prólogo es un canto y otro el epilogo; rebosando ambos sentimiento y poesia.

Deseariamos poder descender á más detalles, para hacer resaltar las bellezas que, indisputablemente, encierra esta obra; pero entónces, que dejariamos á las deducciones del lector?

La obra del Sr. Vicetto gustó porque es buena; y Galicia, su pais natal, le debe muchos títulos á su consideracion: porque ha sabido desentrañar del polvo de sus ruinas, la revolucion que tendia á hacerla independiente, poetizando sus paisajes y fijando entre las asperezas de sus montañas la accion de uno de los dramas más interesantes de su época feudal y de la edad media española.

Las felicitaciones que le dirigieron, oportunamente, son justas: el efecto, correspondió á la causa; la ovacion, á la obra.

CARLOS BOUSINGAULT.

Sevilla 8 de setiembre de 1851.

(El Porvenir de Sevilla).

TÚ Y YO.

Tú eres la flor purísima y hermosa
que esparce en la pradera rico olor;
yo el miserable arroyo que no osa
importunar tu vida con rumor:

Tú el ave pasajera que regala
un canto misterioso al corazon;
yo el pájaro infeliz que bate el ala
volando en pós de tí, sin ilusion:

Tú el árbol tan frondoso que hasta el cielo
se eleva como el águila caudal;
yo el aura que susurra con anhelo
entre tus verdes hojas, virginal:

Tú la nave que rápida se aleja
de la playa querida donde estoy;
yo la onda azotada que se queja
con su lengua de espumas, triste hoy:

Tú la estrella que fúlgida corona
del firmamento el limpido capuz;
yo el gusano mezquino que no abona
ni un destello misérrimo de luz:

Tú ese sol que brillante centellea
difundiendo la vida, el grato ardor;
yo la nube que pálida recrea
la mente entristecida del cantor:

Tú el purísimo arroyo que desata
entre flores su linfa de cristal;
yo la rápida, hirviente catarata
que precipita ronca su raudal:

Tú la ilusion, la vida, el dulce encanto,
yo la ansiedad, la pena, la afliccion;
tú la existencia mágica sin llanto,
yo... ¡el padecer ahogando al corazon!

EDUARDO DE PATE.

Ferrol, 1874.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

PERÍODO CUARTO.

ENTRADA DE LOS MOROS EN ESPAÑA, Y NO EN LA GALICIA LUCENSE NI EN LA BRACARENSE.

Desde 712 hasta 737.

PRIMERA PARTE.

Desde 712 hasta 724.

Llega Taric hasta Toledo.—Muza hasta Mérida.—Actitud histórica de las tres Galicias (asturicense, lucense y bracarense).—Ocupa Muza á la Galicia astúrica, y es rechazado en la Galicia lucense: tradicion de la batalla de Valcárcel: Sorret de Sotomayor.—Se refugian en Iria varios obispos de España: testimonio del rey Ordoño II que acredita ese refugio.—Conquista Adelaziz la Lusitania hasta el Duero.—Guerras civiles de los árabes y en la España oriental.

I.

Después de la rota del Guadalete, acampado

Taric en las marismas de Andalucía hácia el Guadiana, corria toda la tierra con sus vencedores musulimes, llenando de espanto á sus moradores (1). Luego dividió Taric su ejército en tres cuerpos: el primero lo confió á Muguez el Rumi, y lo envió á Córdoba; el segundo lo encargó á Zayde ben Kesadi el Sekseki para que caminase á tierra de Málaga; y con el tercero, acaudillado por él mismo, partió á lo interior del reino por tierra de Jaen á Toledo, córte de los godos,—cuya ciudad aterrada por la rota del Guadalete y abandonada de sus mejores caballeros godos, se entregó al caudillo musulman bajo honrosas condiciones.

II.

Mientras Taric se dirigia sobre Toledo, el wali Muza ben Noseir, habia desembarcado con su ejército en las costas del algarbe de Andalucía,—y con él tomó á Medina, Carmona, Sevilla y otras ciudades de la antigua Bética.—No hallando resistencia en ninguna parte, se dirigió contra Mérida, capital de la Lusitania,—y en su carrera victoriosa se le entregaron Libla, Ossonoba, Myrtilts, Beja y otras ciudades llegando ante los muros de la antigua Emérita Augusta sin dar batalla alguna.

Pero en esta ciudad—grande y fuerte á maravilla, segun los árabes,—Muza encontró cerradas las puertas y á sus moradores dispuestos á la lucha. La cerca,—y experimentando el valor indomable de sus defensores, envió á llamar á su hijo Abdelaziz, que acudió con siete mil caballos africanos, y gran ballestería de los berberies. Al ver acrecentarse las tropas del cerco y escaseando las provisiones, capitula Mérida entregando las armas y caballos, los bienes de los *fujitivos á Galicia*, etc. (2)

III.

Hé aquí la primera vez que se nombra á Galicia en los textos árabes, despues de la rota del Guadalete,—lo que prueba que aun no la habian hollado con su planta como era natural, esto es, siendo la invasion árabe de sur á norte. Tampoco nombran aun á Galicia los textos cristianos ó nacionales: nada nos dicen aun de la actitud de su nobleza sueva, ni en la rota del Guadalete, ni inmediatamente despues de esta desdichada rota. Bien que los árabes aun no aparecen salvando el Duero,—límite meridional de las tres Galicias, la bracarense (Braga), la lucense (Lugo) y la asturicense (Astorga).

IV.

Tomada por Muza ben Noseir la capital de la Lusitania, partió con su ejército para Toledo á fin

de verse con Taric,—en cuya ciudad estalló la rivalidad de ámbos caudillos mahometanos, segun historian sus escritores y puede verse en Conde detalladamente.

Muza ben Noseir pasó luego á Senticca y Salamanca, que se entregaron sin resistencia, y allanó la tierra hasta Astorica (Astorga), y volvió subiendo por las corrientes del rio Duero á la parte oriental de España, y puso en obediencia del islam sus principales ciudades;—y luego revolvió el *guf* ó norte de España hácia Galicia por Astúrica, y entró en Lusitania,—y en todas partes sacó muchas riquezas, que no partía con nadie (1).

Esta es la segunda vez que en los autores árabes suena el nombre de Galicia, pero de la Galicia asturicense: no suena aun la Galicia lucense ni la bracarense.

Veremos, ahora, lo que nos dicen nuestros antiguos historiadores, respecto á aquella invasion de Muza ben Noseir en la Galicia astúrica.

La ciudad de Leon—dice el Tudense—fué tomada entonces por hambre; habiendo muerto ántes en los combates *muchos de los gallegos* que, con gran esfuerzo, la defendian.

Hé aquí asomar ya la fiereza galaica, defendiendo el hogar,—al contrario de los godos que—como escriben los árabes—no acertaban á defender sus tierras, pues era tal su pánico ante los musulimes despues de la batalla de Guadalete, que no habia caudillo que los reuniese, ni animase, y por todas partes la jente de armas huía sin confiar en campo ni en poblado (2).

Destruyó tambien entonces Taric (3)—dice el arzobispo don Rodrigo—la ciudad de Astorga, y hemos de entender el caserío, como dice Morales, pues vemos ahora en ella todos sus muros antiguos enteros por todo el cuadro, como los tuvo desde que los levantaron los romanos. Prosiguió tambien Taric—continúa don Rodrigo—destruyendo y sujetando dentro en Asturias hasta Gijon, ciudad que era grande y de muchos moradores.

Nada más nos dicen los textos cristianos: solo otros autores—apoyándose en el texto arábigo de Rasis—nos dicen que fué tomada Astorga entonces, con mucha resistencia y muerte y cautiverio de sus naturales.

Y prosigue el arzobispo don Rodrigo:—Con dejar así la tierra de Asturias vencida y sujeta, y con gobernadores de los principales de sus alárabes, que la mantuviesen por el miramolín Ulid, su soberano señor, se volvió Taric á Toledo (entiéndase Muza ben Noseir), con grandes tesoros y grandes riquezas.

Resulta, pues, que al historiar las campañas de Taric y Muza en España á raiz de la rota del Guadalete, tanto los historiadores árabes como los cris-

(1) CONDE. Prim. part., cap. XI.

En toda esta parte de la historia de España—que tomamos directamente de los autores árabes y cristianos más antiguos—téngase en cuenta que nos descartamos de cuanto no interese intrínsecamente á la Historia de la Galicia lucense ó actual.

(2) CONDE. Prim. part., cap. XIII.

(1) CONDE. Prim. part., cap. XVI.

(2) CONDE. Idem, cap. XIII.

(3) Confunde á Taric con Muza. En esta parte nos merecen más autoridad los textos árabes.

tianos, no hablan de la conquista de la Galicia lucense ó actual ni de la Galicia bracarense; pero si determinadamente de la Galicia asturicense,—ya augustana, pues citan á Leon y Astorga,—ya trasmontana, pues citan á Gijon (1);—lo cual quiere decir que los moros ocuparon militarmente los pueblos más importantes de la Galicia astúrica.

V.

Los Anales de Galicia dicen, á propósito:—«Los bárbaros hallaron á Osma, Palencia y Amaya, cuyos vecinos capitularon con los pactos que otras ciudades. De esta suerte ocuparon el Vierzo, y por el valle de Valcárcel intentaron penetrar en Galicia; pero los gallegos, ocupando las eminencias del Cebreiro y sierras vecinas, los rebatieron,—siendo esta la primera vez que, despues de tanta victoria, fueron reprimidos los bárbaros,—con lo cual quedó por ahora libre Galicia de su invasion, año 713.

De este suceso deriban los genealogistas el origen de la familia de Valcárcel (2).»

VI.

La historia tradicional del país confirma tambien esta derrota de Muza ó de los árabes en el prolongado desfiladero de Valcárcel,—desfiladero que á modo de encañada profundísima de cerca de cinco leguas de extension, se refuerce como el rio de este nombre en el fondo de las montañas ásperas que separan hoy las provincias de Leon y Lugo.

A ese desfiladero inaccesible, pues, se agolpó la nobleza sueva para contener á la numerosa caballería que constituía el grueso de las fuerzas expedicionarias de Muza ben Noseir. No hay nobiliario del país que no nos hable del arrojo que demostraron entonces los condes lucenses, sobresaliendo entre ellos Sorret de Sotomayor, Arias Suarez de Deza y Lupo Cambero (3),—lo que nosotros encontramos sumamente natural tratándose de la defensa del hogar por aquella nobleza sueva batalladora por organismo, y atendido á que el terreno por demás quebrado se prestaba á esta clase de defensas en que veinte hombres decididos á cortar el paso, hacen más que cien que pretenden franquearlo, y máxime si estos van á caballo.

Es verdad que los escritores árabes nada nos dicen de la contrariedad ó revés que sufrió entonces Muza ben Noseir, por no haber sido quizás de mucha consideracion ó no entorpecer por el pronto sus planes de conquista, ni tampoco nos dicen nada de ese revés los antiguos cronicones cristianos por ser

escritos en regiones distantes de la Galicia lucense,—pero nosotros, volvemos á repetirlo, encontramos el hecho muy verosímil, dada la estructura geológica del territorio exclusivamente montuoso y dada la altivez de la nobleza gali-sueva al defender sus lares.

Por otra parte—que la Galicia lucense fuese entonces dominada por Taric, Muza, Abdalaziz ú otro caudillo ismaelita, no hay autor árabe ó cristiano que lo diga. Y si todos esos autores van refiriendo paso á paso la inundacion mahometana en la península, óla tras óla de berberis y de árabes, y no señalan un solo pueblo de las Galicias lucense y bracarense rendido en aquellos dias á su formidable impuje, ¿por qué no hemos de creer que su silencio es afirmacion de que los árabes no entraron en ambas Galicia, cuando del mismo argumento se valen Vizcaya, Navarra y otros paises?

No pretendemos historiar, con lo dicho, que los moros respetaron siempre á la Galicia central ó lucense, no; pero si que no la hollaron con su planta entonces. Mas adelante historiaremos, en que época ocuparon momentáneamente sus ciudades, y las derribaron,—sin que por eso dominaran sus valles é innumerables montañas.

VII.

Naturalmente—al invadir los árabes á España, excepto lo más enriscado de ella como es la zona montuosa y áspera del norte y Vasconia,—á la Galicia actual ó lucense se refugiaban las familias que podian huir de sus garras, como nos lo dice la capitulacion de Mérida que hemos historiado;—particularizándose en esto los obispos de las ciudades arruinadas,—con los cuales se mostró fraternal el obispo de Iria Leonesindo, señalándoles decanías ó territorios para que se alimentasen con sus rentas.

Tal consta del privilegio de Ordoño II á favor de la iglesia de Santiago de Compostela (1),—del cual extractaremos y traduciremos las palabras que así lo refieren.

«Por relacion de nuestros antepasados—dice el rey—sabemos como los cristianos poseyeron á toda España, y que por todas sus provincias estuvo muy adornada de iglesias y sillas episcopales. Despues, creciendo los pecados de los hombres, fué poseída de moros y destruida con su poderosa mano, muriendo á cuchillo muchos cristianos. Los que pudieron escapar, se fueron á las costas del mar más apartadas, viviendo en las cavernas peñascosas. Y porque la silla de Iria (Padron) era de las postreras, y por estar tan apartada de todas apenas fué molestada de los infieles, por esto algunos obispos, desamparando sus propias iglesias viudas en manos de los malvados, se refugiaron en la sede iriense; y su obispo por honra del apóstol Santia-

(1) Entonces no se fundara aun Oviedo.

(2) MOLINA, Grandezas de Galicia, página 117.

(3) El libro abolengo titulado *De la nobleza de la casa de Cambera*, no solo se cita el esfuerzo de Lupo Cambero entonces, sino que con carros y calderas (es decir con vituallas y pertrechos de guerra) llegó luego hasta Leon, cercó la ciudad que estaba por los moros, y éstos capitularon con él.

(1) España Sagrada, tomo 19, Iria, página 340.—Este monumento, de tanta importancia para la historia, tiene por fecha, 30 de enero de 915.

go, los recibió con mucha humanidad, y les confirió decanías para su mantenimiento, hasta que Dios fuera servido apiadarse de sus siervos y les restituyese la heredad de sus abuelos y visabuelos.»

VIII.

A consecuencia de las disensiones habidas entre Muza ben Nöseir y Taric ben Zeyac sobre la conquista de España, —recibieron ámbos orden de abandonar el territorio conquistado y pasar á Damasco á dar cuenta al califa de su conducta; quedando el ejército de Taric á las órdenes de Habib ben Abi Obeida con encargo de que hiciese la conquista de Lusitania y Galicia (1).

Y hé aquí la cuarta vez que nombran á Galicia los textos árabes, dándola aun por no conquistada.

Prosiguen los árabes historiando, y dicen: Abdelaziz, hijo de Muza, quedó al frente del ejército de su padre. Abdelaziz estaba en Sevilla donde había puesto la corte y aduana (2) de los árabes, por estar más cercana á las comunicaciones de Africa. Tenia en su compañía una muger goda que lo había sido del rey Ruderic, y la cual era muy hermosa, y se llamaba Ayela. y Abdelaziz la amaba, y la persuadió á que fuese suya. Celebráronse las bodas en Sevilla, y ella recibió el nombre de Omalisam (la de los preciosos collares). Luego partió Abdelaziz para seguir la conquista, y dió sus órdenes á Habid ben Abi Obeida ben Ocba ben Nafe, para que por su parte las adelantase también (3).

En 715, Abdelaziz adelantó la conquista de España hasta los extremos de la Lusitania (es decir, hasta el Duero, que la dividía de la Galicia bracarense), y hacía la costa del gran mar Océano; — y sus caudillos corrieron toda la tierra *alguf* (4) y Pamplona, y Albaskenses, año de 715, — en cuyo año fué asesinado en Sevilla de orden del califa, — sucediéndole Ayub ben Habid el Lahmi, un año despues (5).

IX.

Mudó Ayub la aduana ó corte de los árabes de Sevilla á Córdoba, por estar más en el interior para atender á los asuntos de España, — y ordenadas las cosas de Andalucía, partió con su hueste á visitar la parte oriental de la península, parando en Toledo, Zaragoza y reparando las ruinas de una antigua ciudad cercana, construyó en ella un fuerte que se llamó de su nombre Calat—Ayub.

(1) CONDE, Prim. part., cap. XVII.

(2) Aduana entre los árabes es la casa del senado, ó del consejo, donde se congregan los mexewares ó consejeros: así mismo daban ese nombre á la casa donde se llevaba la cuenta y razon de las rentas públicas, y donde se depositaban.

(3) CONDE, Prim. part., cap. XVII.

(4) *Alguf* ó *algunía* es la parte norte, *alquidia* mediodía, *axar* — *ia* oriente, y *algarbe* ó *algarbia* poniente.

(5) CONDE, Idem, cap. XIX.

Sucedió á Ayub ben Habid en el amirato [ó gobierno árabe de España, Alhaúr ben Abderahman, á éste Alsama ben Malic, y á éste Ambisa ben Sohim el Kelebi, en cuyos años se desangraron tanto los musulimes en disensiones interiores y en la guerra oriental del Afranc (contra los franceses en la Galia Narbonense) segun puede verse en la historia de la dominación de los árabes por Conde, que no suena Galicia en ella para nada, — por lo que debemos continuar considerándola como independiente ó inconquistada aun, pues así lo probarán más adelante los textos arábigos que iremos exponiendo para gloria de nuestra patria.

SEGUNDA PARTE.

Desde 724 hasta 737.

Revelion de Pelayo Favilez en la Galicia astúrica trasmontana; victoria de Covadonga: muerte del gobernador de Gijon Munuza. — Apoya la Galicia lucense esta rebelion. — Actitud del amir Ambesa ben Sohim entonces, ocupado en la guerra de Afranc. — Funda don Pelayo un monasterio en Vivero, y concede privilegios á esta villa por los servicios que le prestaran sus moradores: memoria litológica de la «casa do pazo» en Bretoña, donde se crió don Pelayo. — Porque causa Bretoña ó Mondoñedo era el foco de la rebelion de la Galicia astúrica trasmontana. — Muere el guerrillero Pelayo, sucédele Fabila. — Entran los árabes en la Galicia bracarense y en la lucense, destruyen las catedrales de Braga, Tuy, Orense, Lugo y Britonia, ocupando militarmente estas ciudades. — Destruccion «completa» de Britonia como foco de la rebelion de Pelayo, por ser entonces Britonia la sede de la Asturias de hoy.

I.

El amir Ambisa ben Sohim se ocupó como los demás de las guerras interiores de los árabes, ya en España ya en Africa, y de extender la conquista por Afranc, considerando las montañas de las Galicias lucense y bracarense como conquista indigna de sus soldados ó reservándola, como segura por su situacion á un extremo de la península, para cuando ya no tuvieran nada que conquistar los musulimes de más importancia.

Utilizando esta misma desatencion — que ya parecia tradicional en los amires que se sucedian en el gobierno de España, — la parte más belicosa de la Galicia lucense salvaba el rio Navia que la dividía de la Galicia astúrica trasmontana, y engrosaba las filas de los descontentos que, albergándose en los parages más innaccessibles se organizaban en la sombra para alzarse en armas contra el moro que la dominaba desde sus mejores pueblos como Gijon; no pudiendo hacer lo mismo la juventud bélica de la Galicia bracarense porque solo las aguas del Duero la separaban del moro que dominaba á la vez la Lusitania, y tenia por lo mismo que vivir aler ta en sus mismos hogares.

Entonces fué — durante el amirato de Ambisa ben Sohim — cuando dió el grito de guerra contra los árabes el animoso gallego bracarense — hijo de Tuy — don Pelayo. Tal historian los autores Isa ben

Ahmed el Razi (fólio 536) y Ebu Hayan ben Ahmed (fólio 343), citados por Romey en su Historia de España. Hé aquí las palabras de ámbos historiadores arábigos:

«En tiempo de Ambesa ben Sohhim, asomó en *Djalikyah* (Galicia) un caudillo de los infieles, reducido al ámbito de un peñasco, en el cual se ocultó con trescientos hombres, etc.»

En lo que vemos historiado, segun el modo de los árabes, el glorioso suceso de Covadonga—acaecido no en Asturias sinó en Cantabria,—y que el monge de Silos exagera y traspasa hasta el *milagrismo*, revistiéndolo de portentos, y haciéndolo hasta inverosímil por lo sobrehumano;—achaque fatal de nuestros primeros cronistas monacales, que tendian á dar á la reconquista un colorido seráfico, haciendo intervenir humanamente á Dios ó al apóstol Santiago en esta guerra,—más que de razas y de religion—de dominio ó no de la tierra ó del hogar.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

EL POLVO.

Delante de la brisa de verano,
por medio del camino,
galopa á rienda suelta
el polvo en azorado torbellino...
¡Qué alegre vá...! veloz, cuanto liviano,
á flor de tierra cruza sobre el llano
y al fin desaparece en una vuelta.

Cuando yo me haya muerto,
y se rasguen del todo mis tejidos,
y quede el esqueleto á descubierto,
el corazon sin sangre ni latidos,
el cuerpo hecho pavesa,
perdiendo sus humanas pretensiones,
convertiránse en fértiles terrones
y aumentarán el polvo de mi huesa.

Pero como la idea me horroriza
de engendrar en la humilde sepultura
con mi altiva ceniza
un manojo silvestre de verdura,
apenas oiga, sobre mi, del cierzo
el paso fugitivo,
mi polvo medio muerto, medio vivo,
hará un supremo esfuerzo.
Dejando de su sueño la molicie,
ganará la terrestre superficie
é inmaterial, desmenuzado, suelto;
del Nordeste delante,
partirá de ventura palpitante,
entre el fragor de un remolino envuelto.

Libre por fin, en marcha caprichosa
feliz me lanzaré...; si de mi ruta
hallo quizá en un ángulo apartado

entretenida en plática sabrosa,
la postrera mujer que me haya amado;
si veo que su boca diminutiva,
sinceras ó ficticias,
á otro vivo concede otras caricias,
en su oido posándome un instante
diréla en voz sumisa,
que la contempla con alegre risa
el polvo vil de su primer amante.
Y si tropiezo alguno,
que ya en vida me hubiese dado enojos
por traidor ó importuno,
sin compasion asaltaré sus ojos.

Rodaré por montañas y veredas,
ya en esquinces suaves,
ya en veloces rugientes humaredas,
persiguiendo á las aves
que ante mi llevaré de espanto locas,
del solitario caminante inquieto
espiando en los lábios el secreto,
á las doncellas por sus blancas tocas
deteniendo, y hurtando á mi albedrío
á las hojas su insecto, ó su rocío.

Cuando enojado ó caprichoso el viento
me despeñe en el mar, libre y á solas;
tendré, flotando encima de las olas,
una tumba en perpétuo movimiento.

ALFREDO VICENTÍ.

Oca, 1876.

LEYENDAS MISTERIOSAS DEL ULLA.

LA LUNFERNA DE OCA.

(Páginas de la vida íntima.)

I.

ANA MARIA.

Sabido es que así como en Compostela la mayor parte de los jóvenes se agolpan á las aulas é inundan luego de médicos y abogados el territorio galaico,—en Ferrol los jóvenes se dedican á la marina militar ó al comercio de la Habana y Buenos Aires.

En 1833, pues, tenia yo 15 años;—y como hijo de este departamento naval, hecha mi correspondiente *limpieza de sangre* (bárbaro requisito que entonces se exigía), entré á estudiar matemáticas en la academia de pilotos del Estado en compañía de los que hoy casi mandan nuestras primeras fragatas de guerra.

Pero—la época era fatal para la marina. Devorada la nación por la misma contienda interna que hoy la devora entre el principio absolutista y el liberal, los barcos si los habia, estaban amarrados á la Escollera y se veian muertos de hambre por las calles los más denodados gefes de la Armada.

Entonces, la juventud ferrolana empezó á vacilar en sus estudios ó vocacion, y recuerdo que muchos dejamos en paz los decimales y logarítmicos y buscamos anhelantes el porvenir entrando de ca-

detes en los regimientos de línea ó de *distinguidos* en los cuerpos francos como Prim. Yo pertenecí á los de esta última clase, y como yo los jóvenes ferrolanos (entonces) Angel Galvan, José Calvet, Pedro Lozano y Domenech, Constancio, Luís y Mariano Roldan, y otros más.

Entre los *distinguidos* que nos reuníamos en la Comandancia general de operaciones cuyo real era Sobrado de los monjes, hacíamos mil travesuras, ya con los santos de la iglesia de este monasterio ya con los céltigos tamaricos y presamábrigos de aquellas cercanías donde nace el Tamara, hoy Tambre, y riega, virgen aun, las flores del valle de Présaras.

Como resultado de estas mocedades ó más bien *pollerías*, nos dispersaron á los cadetes de francos del cuartel general,—y á mi me tocó salir con una columna que, recorriendo las márgenes del Iso y el Ulla, debía estacionarse en San Esteban de Oca.

Entonces fué cuando conocí en aquellas dulces riberas á Ana Maria, ribereña de mi edad, pero la criatura más bella que Dios puso en este valle de bellezas. Cuidado que vi mujeres en el mundo! Cuidado que vi cuadros de pintores célebres en Madrid Sevilla, etc; pero jamás un perfil, un conjunto de facciones celestiales, un rostro en fin más dulce, y poético, y hermoso, y adorable como el de aquella pobre niña!

La belleza de una muger, no consiste exclusivamente en que sus facciones sean regularizadas ó modeladas á la perfeccion: consiste en el vapor ó fluido espiritual de su semblante, en esa cspresion estética que no parece de este mundo y si de otro mundo mejor. Bellezas hay cuya regularidad de facciones no puede ser más admirable, y sin embargo nada dicen al alma, y bellezas hay cuyas facciones carecen de armonía en su conjunto, y sin embargo la subjuzan por su inesplicable atractivo. Yo no os podré decir que facciones tenia Ana Maria por que mi amor no era un amor de artista, es decir, material: lo que si os puedo manifestar es que *verla* equivalía á *sentirla* dentro de uno mismo, como una luz rosa que iluminára los senos oscuros del alma.

Nos amamos sin saber como;—tanto, que yo me encontraba escéntrico sino respiraba las auras de Rendo, donde ella vivia; y Ana Maria, si yo no estaba á su lado, subía á la altura de Castroion, desde donde se divisaba mi alojamiento, y se sentaba al pié de una ermita para ver si me descubria junto al riachuelo *Das Donas* ó cazando por Riobó, Arnois, Berres, Abelao ó Vista Alegre.

¡Primeros amores del alma! que fuisteis más para mí sino aroma de los cielos depositado en el cáliz de aquella flor del Ulla, y que yo, obedeciendo á las ineludibles leyes de la naturaleza, respiré á todo respirar!

Una tarde—al manifestarle á Ana Maria los temores de una ausencia tal vez próxima,—recuerdo bien, por lo estrañas y amorosas, las palabras que me dijo:

—Si te marchas y no vuelves pronto, yo sucumbiré de dolor. Moriré como muger, pero quedaré viva en Rendo; esperándote convertida en una *flor azul* de día, y en una *luz azul* de noche.

Es de advertir que Ana Maria tenia predileccion por el color azul, sin duda porque era azul cuanto veía: el cielo azul de Oca, las aguas azules del Ulla, los montes azules de Moalde, los pinares azules de Orazo, y hasta *azul cristino* mi traje militar.

¡Cosas de la guerra y sobre todo de la vida de campaña!—un día anohecimos y no amanecimos, saliendo á media noche de Oca para Compostela y de Compostela sobre la Coruña á marchas acelera-

das, pues todas las tropas se reunian á consecuencia de la salida de Cristina de España,—1840.

Despues... todo se disolvió: se disolvieron hasta los Cuerpos francos... y yo, lanzado en un nuevo horizonte léjos de Galicia, me acordaba de la pobre Ana Maria como de los ángeles que resbalaron en nuestros sueños de niño.

II.

NOTICIAS DEL OTRO MUNDO.

Veinte años despues—hallándome de comandante del establecimiento penal de Ceuta, me llamó la atencion entre el manajo de instancias de confinados que diariamente me entregaba el ayudante de semana, en *solicitud* de alivio de hierro, pase de una brigada á otra, de galones de cabo, etc., etc., —me chocó una en que el penado que la hacia se decia *gallego* y natural de San Esteban de Oca. Escusado será decir que los corazones gallegos que palpitaban enaquel *cementerio civil*, redoblaban sus latidos al calor de mi proteccion soberana.

Mandé que se me presentase aquel penado.

Habia sido cabo en el ejército y siendo cartera de su regimiento, tuvo la mala idea de cobrar para sí una letra que venia á favor de otro,—por lo que fué sentenciado al penal hasta extinguir lo que le faltaba de su empeño. En aquella instancia solicitaba los galones de cabo de vara, y lo hice cabo.

Entonces—recordando á Ana Maria, puesto que ámbos eran de un mismo pueblo—le pregunté por ella.

—Ah, señor...—me dijo—Ana Maria era de Rendo y prima mia. Murió de consuncion al llegar á los diez y ocho años, sin querer casarse con nadie, ni casi medicinarse;—y si fué á recibir *las siete olas de la Lanzada*, fué accediendo á las lágrimas de sus padres. Al morir ella consumida por una *pasion de ánimo*, poco la sobrevivieron mis tios, y despues... despues, señor...

Y se detuvo el penado perplejo.

—Pero ¿despues qué?—le insté yo apremiándole.

—Despues, señor, se convirtió en luz, en una luz azul que todas las noches aparece entre los pinares de Rendo.

—Cómo!... áun creen en el país esas quimeras!

—Quimeras, señor! Pues quién no ha oido hablar de la Lunferna de Oca?

Me sonrei del aplomo supersticioso de aquel hijo de San Esteban de Oca,—y no quise saber más.

Pero—por muy despreocupados que querramos ser, cuando algo de fantástico se mezcla á las incidencias de nuestra vida real, la curiosidad nos subjuza, sinó al pronto, más tarde. Lo cierto era que entre las últimas palabras que me dirigiera Ana Maria, lánguida de amor en mis brazos, y las de aquel hombre,—habia un eslabonamiento misterioso que minaba mi intelectualidad, excitándola vivamente á volver á Oca, y ver por mi mismo el fenómeno de esa *luz azul* en los pinares del melancólico lugarcito de Rendo.

III.

LA FLOR AZUL DE CASTROION.

Pedí mi traslacion á la Coruña, tenia favor y lo conseguí: que en España *el ser ó no ser* es cuestion de favoritismo y nada más. Cuando están en el poder amigos de uno, somos algo *oficialmente*, sinó á tierra,—asi seais más inteligente que el jóven *aprovechado* ó el jóven *de los tabacos*.

De la Coruña me dirigí á Compostela y de Compostela á Oca.

Cuando llegué á San Esteban—que dista poco más de tres leguas de Compostela,—me encaminé á Rendo. Y en Rendo, al ver la casita de Ana Maria ocupada por otras personas, no lloré porque no se llora de hombre, pero me sentí tan conmovido en un exceso de sensibilidad que me creía otra vez de quince años.

Discurriendo por aquellas soledades en que á cada paso me parecía aspirar el aroma angelical de Ana Maria, me encontré en la cumbre de Castroion al pié de la ermita de la Anunciacion, donde siempre subia á buscarme con la vista la enamorada ribereña del Ulla.

Allí me senté sobre unas rocas, sin pensar en más nada que en Dios y en Ana Maria;—y de repente, sobre la fina yerva que habia á mis piés noté una flor azul, solitaria, pero cuya corola inclinada hácia mi parecia mirarme con más espresion espiritual que pudieran hacerlos los más dulces ojos. Ah! si creyera en la trasmigracion de las almas, diria que en aquella flor, estaba á mi lado Ana Maria!

Porque en el fondo de su corola brillaba un punto negro, móvil por el aura, que irradiaba fúlgido como una pupila,—y parecia decirme aun: «vés, te esperé en una flor azul de dia.»

Arrebatado, calenturiento, vertiginoso, cogí aquella flor y la guardé en mi seno como un tesoro,—y cuando llegué á mi posada al anoecer, y quise besar aquella flor querida, sentí una sensacion de terror al ver que ya no la encontraba en mi pecho.

IV.

LA LUZ AZUL DE RENDO.

Cerrada la noche me dirigí á Rendo.

Entónces, en sus pinares, vi un fenómeno bastante singular,—fenómeno que aun hoy admiran y no aciertan á esplicar los comarcanos.

Vi aparecer una luz opaca, móvil y azulada, que unas veces parecia conducir una sombra, y otras parecia la vista sumamente expresiva de un ser ideal que ya no perteneciera á la tierra.

Aquella luz se aumentaba progresivamente desde el diámetro de un punto apenas perceptible, hasta el diámetro de un lucero.

Móvil siempre delante de mi, giraba entre los pinos, ya vagando entre sus troncos, ya entre las curvas ramas de sus copas.

Cuanto más me acercaba á aquella luz azul, desaparecia instantaneamente,—y volvia en seguida á aparecer más distante.

Por una circunstancia inesplicable para mí, lejos de infundir el pánico aquella luz fosfórea y móvil, me atraia con dulzura:—diríase que era el amor evaporizado en luz.

A veces, en la fiebre que me dominaba al correr tras ella jadeante entre la oscuridad de la noche, me parecia que aquella luz se duplicaba convirtiéndose en dos exatadamente iguales en sus apariencias y evoluciones,—viéndolas simultáneamente en diferentes parajes del pinar.

Si yo me paraba, paraba la luz azul; si corria en pos, corria delante de mí;—y parado ó corriendo, á fuerza de mirarla la sentia penetrar en las tinieblas de mi alma como si la de Ana Maria se engarzara hondamente en ella, diciéndome: «vés, te esperé como una luz azul de noche.»

No pudiendo resistir más aquellas emociones—ni penosas ni dulces, pero si insólitas,—caí rendido en el pinar á eso de la media noche, cerrando los

ojos para toda sensacion externa, como si perdiera la conciencia de mi ser.

Concentrado en mi mismo—dudando sin embargo si vivia en este mundo ó en otro,—regresé á mi posada donde dormí tranquilamente.—lo que no esperaba,—regresando el siguiente dia á la Coruña.

V.

IMPRESIONES DEL VULGO.

Trascurridos algunos meses,—y dudando aun si lo que habia visto en el pinar de Rendo fuera un sueño mio ó una realidad de la vida,—escribí á un amigo mio de San Esteban de Oca, respecto á la luz azul, y entre otras cosas me decia:

«Cree V. que no es cierto el fenómeno de la Lunferna de Oca, y no hay nadie en la Ulla que no lo haya visto. Vea V., además, el Madóz, artículo Oca, (San Esteban),—y verá que dice algo de cuanto yo le digo, y para más confirmacion repetiré sus palabras, que son las siguientes:

«En esta parroquia y lugar de Rendo, se observa un fenómeno bastante singular que tiene admirados á los habitantes, no sólo de la parroquia sino de la comarca. Pasa de 24 años que se nota entre un pinar de dicho pueblecito una luz opaca y azulada conducida el parecer por una sotabra; aparece en todas las noches oscuras y vá aumentándose progresivamente, vaga de una á otras robleadas subiéndose á las copas de los pinos; cuando se la quiere observar de cerca, desaparece, volviendo á presentarse más distante; y recientemente se nota otra luz igual á la mencionada en sus circunstancias y evoluciones, viéndose las dos simultáneamente aunque en diferentes sitios. Como es fácil de suponer, muchas son las versiones que se hacen en el país sobre tan extraño fenómeno; creen unos, que es algun animal de ojos brillantes, lo cual no es posible, atendiendo el aumento que adquiere dicha luz segun hemos indicado; otros que será una llama fosfórica; y no faltan supersticiosos que la consideran un alma en pena ó del purgatorio. Sensible es que no haya escrupulosidad en las observaciones, las cuales manifestarian de un modo indudable las causas de dicho fenómeno, que no puede ménos de ser algun meteoro, ó luz fosfórica. En el país le dan el nombre de *Lunferna*, voz derivada y corrompida de lucerna ó luciérnaga. Lo más admirable es que no se la considera por la gente sencilla como cosa de bueno ni de mal agüero.»

BENITO VICETTO.

Granada, 1865.

ORILLAS DEL ULLA.

A. E. DE SILVA.

A veces, cuando el turbio pensamiento
en su propio volcan se agita y arde,
desciendo á paso lento
por esta orilla al declinar la tarde.
Junto al agua me siento,
la vespertina atmósfera respiro
y silencioso miro
como se oculta el sol allá á lo lejos,
de púrpura vistiendo réguas galas,
mientras cruzan el rio los vencejos
mojando en él la punta de las alas.

Más hoy, amigo mio
al bajar por las márgenes del río
hacia mi nido oculto,
en mi cerebro loco, acongojado,
feroz ha despertado
de recuerdos un caos insepulto.
Y ántes que el humo sacro se desprenda
de la cabeza y á los aires huya
quiero hablar con un alma que comprenda
mis vaguedades.. ¡préstame la tuya...!

El sol de primavera,
barriendo del invierno la mortaja,
sobre los campos tibio ha descendido,
de la misma manera
que una mirada cariñosa baja
á un corazón sediento y aterido.
Naturaleza entera
en su interior conoce que palpita
el pólen de la vida, y resucita.

Un poderoso aliento
de amor universal, liviano pesa
sobre yemas y larvas, del vacío
inflama los vapores, atraviesa
las entrañas clarísimas del río,
del matorral fecunda la miseria,
vivifica los gérmenes dormidos
y hace brotar enérgicos latidos
al hondo corazón de la materia.
Con su fuerza vital, generadora,
en un día, en una hora,
surjen las mariposas y las flores,
los moribundos árboles reviven
y, dulce como un diálogo de amores,
se esparce por el viento
el opaco lamento
de las vegetaciones que conciben.

Para atraer una mitad ansiada
la violeta descubre su semilla,
zumba el insecto al sol de la alborada
y la luciérnaga en la noche brilla.
Luz y amor... ¡alguien hay que ya no espera
ese perdón que llaman primavera.

Aun en el alma que á morir resiste
inexorable compresión ejerce
una sed infinita que la asombra;
más es la aspiración huérfana y triste
que en la callada soledad se tuerce
y no el amor que besa entre la sombra.

Descuidadas, felices,
las hojas verdes rápidas crecieron
encima de las mismas cicatrices
que dejaron las secas que cayeron.
¡Horror...! y el hoja mística, consumida,
cuyas fibras en polvo se deshacen,
mira, en tierra caída,
como sus hijas en el árbol nacen.
Despojo del pasado,
inútil, melancólica ceniza
de viejas primaveras que han volado,
en el bosque no obtuvo sepultura
y desde abajo ve con ojeriza
el frondoso ramaje de la altura.

¡Qué feliz debe ser el que sintiendo
su corazón sin muertos y sin dudas
por estas sombras lánguidas y mudas
se pierda, conduciendo
una mujer querida de su brazo,
ó del río en la margen de esmeralda
se tienda con amor sobre su falda
y recline la frente en su regazo!
Cojidos de las manos,
con los ojos cambiando el pensamiento,
sin testigos mundanos
que turben su celeste arrobamiento,
si ámbos saben amar, si es el momento,
del crepúsculo vago de la tarde
que en la luz del sol apenas arde
y el astro de las noches lento asoma,
sus expansiones confundiendo en una
subirán de los sueños al palacio
y juntos flotarán en el espacio
en medio del aroma
de un jazmín ó en un rayo de la luna...

Sobre el espejo de las limpias olas,
en la selva bravía
bajo lo azul en que palpita á solas
alguna estrella en lucha con el día,
pasa á estas horas triste, fatigada
el alma de esa imagen adorada
que en días halagüeños
flotaba sobre el mar de nuestros sueños.
Vision que todavía, moribundo
el espíritu, busca con anhelo,
¡sobrado pura para ser del mundo,
demás ardiente para ser del cielo...!

¿Verdad, amigo mio,
que mis versos parecen un sollozo?
Tranquilízate; estoy sereno, frío
y contento en mi honrado calabozo.

Pero, al verme en presencia
de esta naturaleza exuberante,
sentí un latido sordo en la conciencia,
mis párpados se abrieron fascinados
y un horizonte nuevo hallé delante
de mis pies... ¿hasta cuándo fatigados?

ALFREDO VICENTIL

Oca, 1874.

AMORES
DEL
CONDE DE BASBEN.

PRIMERA PARTE.

VII.

En la retreta.

Esto me sobresaltó. Procuré buscar la causa de aquellas sombrías impresiones que recibía y que se traducían en su agitación, en sus murmullos y en

sus lágrimas, y entónces me fijé más en la conversacion de las señoras que rodeaban á Cárlos, que era lo que la abstraía al parecer.

—¡Los hombres, los hombres! exclamaba una, sentenciosamente; fiaros de los hombres y os matarán moral y físicamente. No aman más que por pasar tiempo, por capricho... Tan solo aman verdaderamente cuando hay obstáculos, cuando se presentan imposibles. Despues, una vez que consiguen hacer desaparecer los obstáculos y los imposibles, ya olvidan muy facilmente... ¿No es verdad, Cárlos?

—Ni diré si, ni no, contestó el marino, porque esa pregunta es á la generalidad de los hombres. ¡Si se concretara á mi, sólo á mí!

—¿Qué... qué?... prorrumpieron todas.

—Diría á V. que cuando amo es para toda mi vida.

—¡Ya, ya!... murmuró una: si así fuera, no hubiera V. olvidado á Dolores P... á Cármen L... y por último á la señorita de Bilbao que, segun Maturin acaba de presentarse aquí... huyendo de su familia.

—Respecto á la última, señoras, dijo Cárlos con un tono ridículo de puro enfático, tengan Vdes. la bondad de no confundirla con las otras, pues mis amores con la última no fueron más que unos amores de callejuela, un verdadero pasatiempo...

—¡Oh! murmuró Cristina dolorosamente.

Y se llevó el pañuelo á la boca como si quisiera detener su alma, pronta á exhalarse en una exclamacion de angustia y de terror.

—Ella es una tontuela, continuó él, que ha creído demasiado en algunas palabras que le dije en una noche de fastidio, y nada más.

—¡Nada más! exclamó otra, cuando dice Maturin que... es una víctima en regla... que la deshonoró V., Cárlos, villanamente.

—Poesías de Maturin, señoras. Sin duda me confunde á mi con otro, con un capitán que fué el primer amante de Cristina.

A estas palabras, Cristina abandonó mi brazo y cayó hácia la pared; pero yo pude sostenerla sin llamar la atencion de los concurrentes, hartamente embebidos en oír unos coros de *Coradino cour di ferro* que tocaba la música.

Al mismo tiempo oí la voz de Cárlos que acompañaba las notas musicales con esta letra del coro

*Di Coradino il nome
per ognisuoil rimbomba
del nostre éroe la tromba
n' esparge il gran valor.*

Luego, á los pocos instantes, continuó la retirada su marcha, y yo me quedé allí con Cristina, que temblaba convulsivamente como si la hubiera dado un accidente.]

Cuando me ví solo y pude fijarme más en su rostro sin temor á los circunstantes, tenia los ojos desmesuradamente abiertos, y era su mirada vidriosa fija, glacial.

—¡Cristina... Cristina!!! la dije.

Nada: no me contestó. Habia perdido el uso de sus facultades intelectuales.

Cogila en mis brazos rápidamente, y la entré en la confitería.

Maturin salía al mismo tiempo.

—¡Bravo, me dijo dando palmadas; me alegro de que seas tú el primero á quien lea mi oda á Donicetti.

—¿Qué Donizetti ni Donizetti, le grité; pensemos en esta muger que se muere.

—¡Cristina!!! exclamó Maturin al reconocerla.

Y retrocediendo unos pasos, sacó la cartera y se puso á escribir.

—¿Qué haces? le pregunté: ayudame á sostenerla.

—Déjame... no me interrumpas, me contestó; estoy escribiendo unas quintillas á la palidez de su semblante.

—¡Oh! bramé, dándole un puñetazo en la cartera; ¡déjate de quintillas, y corre á llamar un médico para esta señorita.

—¡*Sacre bleu!* exclamó Maturin irritándose.

—¡Sé caballero antes que poeta, mi querido Maturin! le supliqué yo dulcemente.

Estas palabras lo desarmaron, y en seguida salió en busca de un médico para Cristina.

III.

Un padre.

Cuando llegó el primer médico que encontró Maturin, y pulsó á Cristina, mandó que la trasladasen á la fonda.

Profundamente afectado el sistema nervioso de aquella pobre niña por las terribles palabras del marino, habia perdido el uso de sus facultades intelectuales de tal modo, que hasta tres ó cuatro horas despues de hallarse en su gabinete, no pudo recobrarlas, auxiliada por los recursos de la ciencia.

Yo estaba trémulo, azorado. Jamás hubiera creído que su hechicero rostro pudiera desencajarse en tan pocos momentos, y presentar un aspecto tan lastimoso en su contraccion de músculos y en su palidez extrema, como el que tanto me hacia temer por sus dias. Parecia haberse perdido en él para siempre toda expresion de vida, y era dolorosísima su alteracion cadavérica.

Muy crueles debieron ser sus impresiones, y mucho debió sufrir la infeliz para trasformarse así, repentinamente, al impulso del dolor que conmoviera su organizacion delicada y extinguiera completamente su sensibilidad exquisita.

El médico no se apartó de junto á su cama hasta que la creyó salvada. Yo permanecí allí toda la noche.

Al despuntar el siguiente dia, me suplicó que me retirara á descansar; dándome gracias por las atenciones que usara con ella. Yo continué indeciso. Mi mundo, mi todo era su gabinete, aquel gabinete donde estaba ella padeciendo.

Mi silencio y mi inmovilidad parecian demos-

trarla cuanta simpatía encerraba mi alma hácia su alma lastimada. Otra hubiera visto en esto indiferencia tal vez, pero Cristina veía adhesión, amor; y no una adhesión, un amor vulgar que pretendiera aprovecharse de todas las situaciones favorables para conseguir igual espontaneidad de afecto, si no una adhesión sincera y respetuosa, un amor purísimo y casto, al nivel de sus sentimientos, de su espíritu.

¡De sus sentimientos... De su espíritu!... direis... ¡Ella! ¡Una muger perdida! ¡Y porqué no! ¡Es tan fácil pisar una flor y que vuelva á recobrar su sensibilidad, su vida, aun despues de pisada! ¿O acaso todo se pierde desde el primer momento, y nada le resta ya á una mujer desde el primer apretón de manos, desde la primera sonrisa que prodiga al hombre? ¡Oh! No confundamos el alma con el cuerpo, el espíritu con la materia, la luz con el metal del quinqué. Pondréis la mano en el metal y lo empeñareis; pero la luz, la luz no sufrirá nada sino se la toca.

¿Por qué pues no conceder á Cristina un alma delicada? ¿Cuál era su delito? ¿Su amor á Carlos y el haber inclinado la frente hasta sus piés al impulso de aquella pasión que experimentara? Y bien, ¿sé generalizará esta pasión? ¿Concediera á alguien más una sonrisa? No, que aquel era su primero y único amor: despues la muerte, primero moral, y luego físicamente, pues tal es la decepción para las almas como la suya, tan pura como apasionada y tan enérgica como exclusiva ó fanática.

A eso de las ocho volvió á hablarme.

—¡Oh! Sr. conde, me dijo tristemente, ¡si pudiera V. comprender lo que padezco! ¡Si viera V. cuan horrible es un desengaño, y cuan cruel el verse una calumniada por el hombre que adora... por el hombre á quien todo lo ha sacrificado!

Y dos lágrimas surcaron sus mejillas.

—¡La vida!... ¡La vida!... murmuró despues con lentitud. Cuando una ha perdido la fé en todo, cuando una ve destruida una á una sus creencias y sus afecciones... cuando una ve al mundo tal como es... y llega á ser un mártir de sus costumbres, de sus afecciones, porque se presentó un hombre que, aprovechándose siniestramente de sus costumbres, concentró todas esas afecciones en la que él inspiraba... cuando ese hombre, en fin, objeto de esa efusión amorosa de todos los afectos que atesoraba el corazón de la muger, rompe este corazón en mil pedruzcos por la más horrible de las ingratitudes... la muger viene á parecerse entonces al bajel que, en medio de la borrasca, le falta todo y sucumbe en una embestida furiosa.

—¡Oh! no, me apresuré á decirla; siguiendo la imágen de V., Cristina, no siempre se zozobra. Si unas veces el viento abate á un bajel, otro viento lo salva; y otras, como sucedió en nuestro viaje, Cristina; si un huracán sumergió en el agua hasta la batayola de babor al *Jóven Arturo*, el mismo huracán le ayuda á obedecer á la vira inmediatamente.

—¡Ay! exclamó esta; ¡no sucederá así conmigo! ¡Ningun hombre me salvará á mi, ni el mismo á quien tanto amé!

Entonces fijé en ella una mirada tiernísima, que no quiso recoger, cerrando sus ojos como deslumbrada.

—¡Oh! calle V.... calle V.... me dijo; no me diga V. nada, ni me mire V. así, V. tiene muy buenos sentimientos y me ama V. mucho; pero... yo jamás aceptaría ni su amor de V. edificante, ni su mano. ¡El corazón que amó á Carlos no amará nada más en el mundo!

Yo callé. No me parecía oportuno desarrollarle mi alma pliegue por pliegue en aquel momento. Quería dejarlo todo al tiempo y á la convicción de la sinceridad de mi amor, si con el tiempo esa convicción llenaba la suya.

Abrióse la puerta en aquel momento, y le entregaron una carta.

La letra del sobre la hizo palidecer. Trémula y sobresaltada, la abrió por fin. Sus ojos devoraron aquellas líneas, y su semblante se alteraba visiblemente á medida que las recorría. Por último, lanzó un quejido sordo y terrible que me conmovió profundamente, y desencajándose completamente su rostro:

—¡Oh padre!!!... ¡padre de mi alma!! murmuró con voz ahogada;

—¡Cristina!... exclamé turbado, ¡Cristina!...

Ella ya no me oía: había perdido otra vez el conocimiento.

Ved lo que decía aquella carta:

«Acabo de saber, hija desnaturalizada, que entre tu padre y tu amante, no vacilaste en abandonar uno por el otro. Deshonrada por él le sigues. Haces bien si tienes en algo la vida, pues vida y deshonra no caben en mi casa.

«Cuando algun amigo me dice que huiste en el *Jóven Arturo* para unirme á tu seductor, yo le contesto que miente, que yo no tengo hija, que mi Cristina, aquella bella y encantadora niña que era el consuelo de mi vejez, ya murió en el umbral de mis puertas, en el momento de atravesarlas para abandonarme por un perverso, y que el *Jóven Arturo* fué su tumba.

«Mi alma, mi corazón de padre, horrorosamente lastimado por tu culpa, ya nada espera de ti en la tierra, y te encomienda á Dios en sus oraciones diarias, como encomienda á tu madre, ¡tu pobre madre que falleció por tu huida!...

«Solo de una manera podías volver á ser otra vez mi hija, á vivir para mí... Pero él... ¡tu seductor es tan infame, que jamás te amparará con su nombre: antes más bien te abandonará á tu infortunio.

«Adios; no olvides que así como tú has muerto para mí, yo también he muerto para ti.

«Hoy escribo á Eduardo, á ese pobre jóven que un día fué tu hermano. Le escribo participándole dos muertes, la tuya y la de tu madre!—P. Oriamendi.»

(Se continuará).

BENITO VICETTO: